

# Gobierno Central y regiones deben asumir responsabilidad

Las críticas que lanzó esta semana el jefe del Estado, Alan García, a los presidentes de los gobiernos regionales, y en concreto al de la región Puno, Hernán Fuentes, han dado lugar a un intenso y hasta rudo debate sobre carencias, personalismos e ineficiencias gubernamentales.

A renglón seguido, el primer mandatario ha saludado la gestión de Federico Salas, de la región Huancavelica, y ha aclarado que no se podía generalizar, pues hay regiones que trabajan bien y otras no tanto. Sin embargo, ya varios jefes regionales le han salido al paso y han culpado al Gobierno Central de muchos de sus problemas.

Dejando de lado cualquier intencionalidad política de atacar o lisonjear a uno u otro, creemos necesario evaluar las responsabilidades en todas las vertientes, pero de modo objetivo y técnico. Ante todo, recordar que el gran objetivo de descentralización política y económica del país sigue pendiente, y que eso es responsabilidad de todos, tanto del Gobierno Central como de los regionales y municipales.

El actual proceso de regionalización fue, en realidad, un duro parto legislativo, altamente politizado, que a última hora sobrepuso las regiones a los departamentos ya existentes. A partir de allí, paulatinamente el Gobierno Central ha ido transfiriendo recursos y funciones, pero es evidente que no se puede hacer todo de una sola vez y que las regiones trabajan de modo disparado. Además, existe mucha desigualdad en sus niveles de riqueza.

Así, se señala que los gobiernos regionales y las municipalidades manejan actualmente dos tercios del presupuesto nacional. Pero

es evidente que persisten tres problemas: los aún rígidos controles del Sistema Nacional de Inversión Pública (SNIP); la incapacidad técnica de las regiones para elaborar proyectos de factibilidad y prefactibilidad; y la poca transparencia con que se otorgan y reciben fondos del Gobierno Central, lo que da pie a que las entidades regionales sigan quejándose de que no reciben transferencias.

Aquí, el Gobierno Central tiene que ser autocrítico y reconocer que no ha actuado con la suficiente diligencia y prontitud para descentralizar el SNIP. Y, junto con los gobiernos regionales, tienen que promover mecanismos de coordinación y consenso, así como

## El Gobierno Central y los regionales tienen que retomar el proyecto de macrorregiones, solución de fondo para descentralizar y crecer

la formación de gerencias y cuadros técnicos en las regiones. No se trata de demonizar demagógicamente al SNIP, aparato necesario para fiscalizar el buen uso de los recursos, sino de revisar su estructura y hacerlo más dinámico y efectivo.

En cuanto a las regiones, concordamos en que no se puede generalizar. Hay algunos gobiernos regionales que trabajan bien, pero otros dejan mucho que desear. Es evidente que hoy, sobre todo los que tienen canon, cuentan con ingentes presupuestos, que deben usar responsablemente. Es escandaloso destinar dichos fondos a proyectos caprichosos y estrambóticos, o peora aun, condicionar las

obras al apoyo político o electoral de tal o cual comunidad.

Luego, sobre todo en el sur, algunos gobiernos regionales como el de Puno, tienen una agenda radical y están sirviendo como puntas de lanza del proyecto interventor de Hugo Chávez a través de las llamadas casas del ALBA. Allí los electores deben redoblar la vigilancia ciudadana para denunciar cualquier exceso y afirmar los valores de la peruanidad y del desarrollo en democracia.

Finalmente, el Gobierno Central y los gobiernos regionales tienen que trabajar juntos para retomar el proyecto de las macrorregiones, que es la solución estructural de fondo para la descentralización. Al respecto, recordemos que cuanto más tiempo transcurra, más difícil será amalgamar e integrar los otrora departamentos en verdaderas macrorregiones.

Como se ha puesto nuevamente en evidencia en la crisis de Moquegua, aún existen caudillos regionales que apuestan a la división y el confrontacionismo, del que medran históricamente, en lugar de mirar al futuro con una perspectiva de cooperación y mejor aprovechamiento de sus potenciales. La verdadera descentralización se logrará cuando se rompan estos prejuicios chauvinistas y se creen más focos de desarrollo a lo largo y ancho del país, que generen riqueza para la mayoría de peruanos.

Para ello, el país tendrá que aprender a votar, no por el candidato que haga más promesas populistas, sino por el que realmente tenga la voluntad y capacidad de solucionar los problemas de cada región y gobernar para que todos los ciudadanos alcancen una mejor calidad de vida. ■■

## PIEDRA DE TOQUE

# Contar cuentos

Mario Vargas Llosa  
Escritor



© MARIO VARGAS LLOSA, 2007.  
© Diario "El País", SL / Mario Vargas Llosa. Prisa.com.  
Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú.

Gracias a su inventiva prodigiosa y a sus sutiles artes de contadora de cuentos, Sherezada salva su cabeza de la cimitarra del verdugo. Arreglándose cada noche para tener a su esposo y señor, el rey Sahrigar, fascinado por sus historias, e interrumpiendo su relato cada amanecer en un momento particularmente hechicero de la intriga, durante mil noches y una noche consigue aplazar su ejecución hasta que, al cabo de esos casi tres años, el sanguinario monarca sasánida le perdona la vida y comienza para la pareja su verdadera luna de miel.

Sherezada lleva a cabo una verdadera proeza, sin duda. No puede devolver la vida a las decenas de muchachas sacrificadas a lo largo de un año por el déspota salvaje que vengaba en esas efímeras esposas de una noche la humillación que había sufrido al verse engañado por sus disolutas concubinas de antaño, pero, con sus astucias de gran narradora, desanimaliza al bárbaro que hasta antes de casarse con ella era puro instinto y pulsión y desarrolla en él las escondidas virtudes de lo humano. Haciéndolo vivir y soñar vidas imaginarias, lo enrumba por el camino de la civilización.

No existe en la historia de la literatura una parábola más sencilla y luminosa que la de Sherezada y Sahrigar para explicar la razón de ser de la ficción en la vida de los seres humanos y la manera como ella ha contribuido a distanciarlos de esos oscuros orígenes de su historia en los que se confundían con los cuadrúpedos y las fieras. Y esa es sin duda la razón de que Sherezada sea uno de los personajes literarios más seductores y perennes en todas las lenguas y culturas.

Para Sherezada contar cuentos que capturen la atención del rey es cuestión de vida o muerte. Si Sahrigar se desinteresa o se aburre de sus historias, será entregada al verdugo con las primeras luces del alba. Ese peligro mortal aguza su fantasía y perfecciona su método y la lleva, sin saberlo, a descubrir que todas las historias son, en el fondo, una sola historia que, por debajo de su frondosa variedad de protagonistas y aventuras, comparten unas raíces secretas, que el mundo de la ficción es, como el mundo real,

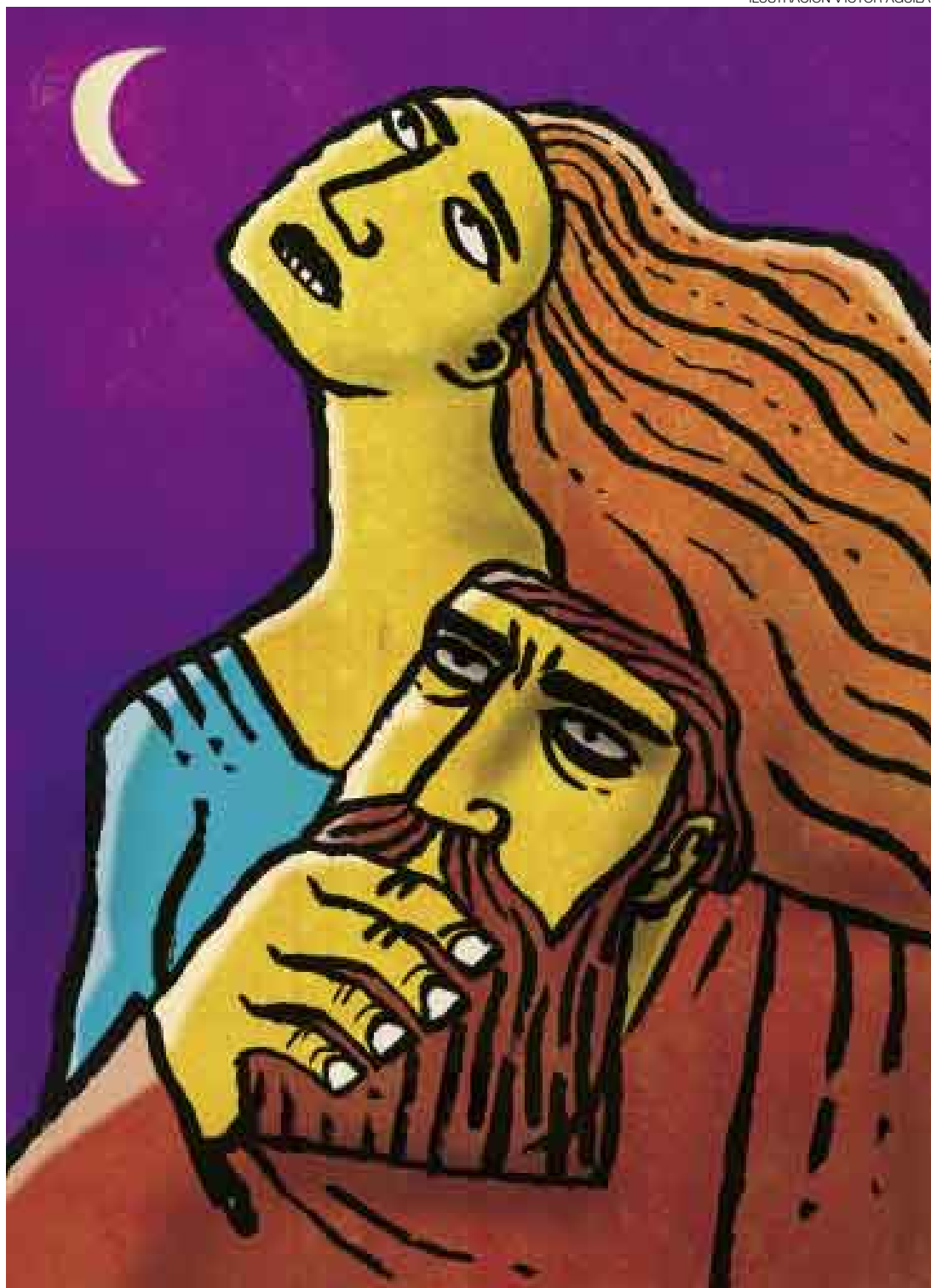


ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

“Las mil noches y una noche” no es un libro árabe traducido a las lenguas occidentales, como se suele creer. Sus orígenes son remotos, intrincados y misteriosos. Se trata de multitud de historias, orales y escritas, de origen principalmente persa, indio y árabe ■■

uno, diverso e irrompible. Para el bruto que la escucha y se deja llevar de la nariz por la destreza de Sherezada hacia los laberintos de la vida fantaseada donde permanecerá prisionero y feliz mil noches y una noche, aquella trenza de cuentos le enseñará que, dentro de la violenta realidad de matanzas, caerías, placeres ventrales y conquistas en que ha vivido hasta ahora, otra realidad puede surgir, hecha de imaginación y de palabras, impalpable y sutil pero seductora como una noche de luna en el desierto o una música exquisita, donde un hombre

vive las más extraordinarias peripecias, se multiplica en centenares de destinos diferentes, protagoniza heroísmos, pasiones y milagros indescriptibles, ama a las mujeres más bellas, padece a los magos más crueles, conoce a los sabios más versados y visita los parajes más exóticos. Cuando el rey Sahrigar perdona a su esposa —en verdad, le pide perdón y se arrepiente de sus crímenes— es alguien al que los cuentos han transformado en un ser civil, sensible y soñador.

“Las mil noches y una noche” no es un libro árabe traducido a

las lenguas occidentales, como se suele creer. Sus orígenes son remotos, intrincados y misteriosos. Se trata de multitud de historias, orales y escritas, de origen principalmente persa, indio y árabe, pero también de otras culturas menos extendidas, algunas antiquísimas, procedentes las más viejas de los siglos IX y X, aunque sobre todo del siglo XIII, que, a partir del siglo XVIII fueron recopiladas y vertidas al francés, al inglés y al alemán, por arabistas europeos. El primer traductor europeo de “Las mil noches y una noche” fue el

francés Antoine Galland (1646-1715). Esta traducción tuvo un éxito extraordinario y fue vertida a su vez a otras lenguas europeas. La enorme difusión de estos relatos en Europa y el prestigio que alcanzaron hicieron que en el mundo árabe, donde hasta entonces eran desdeñados por los intelectuales como literatura barata y populachera, se rectificara este criterio y empezaran a aparecer las primeras recopilaciones en la lengua original de la mayoría de los cuentos. Recomiendo a quien quiera orientarse en esta enmarañada genealogía los eruditos estudios del arabista español Juan Vernet, uno de los mejores traductores al español de los célebres relatos.

En el siglo XIX aparecieron las primeras versiones directas al inglés, las de los orientalistas Edward Lane y Sir Richard Burton, que, al igual que la de Galland, se difundirían por el mundo entero. Desde entonces las traducciones directas o indirectas de “Las mil noches y una noche” se multiplicarían en todas las lenguas al extremo de competir con la “Biblia” y Shakespeare en ser el libro más divulgado, adaptado, traducido, vestido y desvestido de la historia. La que más circuló, por largo tiempo, en el ámbito de la lengua española fue la retraducción que hizo Vicente Blasco Ibáñez de la versión francesa del pintoresco doctor J. C. Mardrus, la más cargada de erotismo que se conoce. Luego, aparecerían varias más, directas del árabe.

Lo característico de estas traducciones es que prácticamente ninguna es idéntica a la otra. O porque cada traductor se sirvió de diferentes manuscritos, o porque lo que añadió o quitó fue tan grande como los mismos cuentos originales que utilizó, o porque las tendencias morales, religiosas y estéticas de cada época y sociedad lo empujaron a dar una orientación determinada a los textos traducidos, el hecho es que las diferencias entre las distintas versiones de estos relatos son probablemente mayores que los parecidos, como mostró Borges en su célebre ensayo, “Los traductores de las mil y una noches”, incluido en “Historia de la Eternidad”. Lo cual quiere decir que, aunque orientales en su origen, los cuentos de “Las mil noches y una noche” forman parte también, de pleno derecho, de la literatura occidental. Y, como todo texto clásico —pero más que cualquiera de ellos por su naturaleza proteica y su origen colectivo y plural— son susceptibles de ser leídos e interpretados de manera distinta por cada generación de lectores. La buena literatura, como la vida, nunca se está quieta: evoluciona, se adapta, se renueva y, sin dejar de ser la misma, es siempre otra, con cada época y lector.

Para escribir mi propia versión he consultado distintas traducciones, pero sobre todo, la —excelente— de M. Dolores Cin-

ca y Margarita Castells, publicada por Ediciones Destino, el año 2006. He intentado una adaptación minimalista para el teatro, que consta solo de dos intérpretes pero de muchos personajes. Los actores que representan el espectáculo encarnan sus propios roles y a su vez se metamorfosean en el rey Sahrigar y Sherezada y en los diversos protagonistas de las historias que aquella cuenta al rey para escabullirse del verdugo. Mi versión es muy libre. Respetando vagamente la estructura primigenia de algunos relatos —entre ellos no figura ninguno de los más conocidos— recrea sus contenidos —añadiendo y restando— desde lo que podría llamarse una sensibilidad moderna.

Los personajes principales ejercen y disfrutan el placer de contar, una de las más antiguas formas de relación desarrolladas entre los seres humanos, una vez que tuvieron que agruparse en comunidades para defenderse mejor de la fiera, las inclemencias del tiempo, las tribus enemigas y procurarse el sustento. Como Sherezada al rey Sahrigar, esas historias que ardían en la caverna primitiva, alrededor del fogón que apartaba a las alimañas, fueron humanizando a sus oyentes. Ellas son el despuntar de la civilización, el punto de arranque de ese prodigioso camino que llevaría a los seres humanos, al cabo de los siglos, a los grandes descubrimientos científicos, a la conquista de la materia y del espacio, a la creación del individuo, de los derechos humanos, de la democracia, de la libertad y, también, ay, de los más mortíferos instrumentos de destrucción que haya conocido la historia. Nada de eso hubiera sido posible sin el apetito de vida alternativa, de otro destino distinto al propio, que hizo nacer en la especie la idea de inventar historias y contarlas, es decir, de hacerlas vivir y compartir mediante la palabra y, luego, más tarde, la escritura. Ese quehacer, esa magia, refinó la sensibilidad, estimuló la imaginación, enriqueció el lenguaje, deparó a hombres y mujeres todas las aventuras que no podían vivir en la vida real y les regaló momentos de suprema felicidad. Eso es también la literatura: un permanente desagravio contra los infortunios y frustraciones de la vida. Como en una obra mía anterior, “Odiseo y Penélope”, en “Las mil noches y una noche” el teatro, la lectura y el contador de historias se funden para dar una versión en formato menor de un gran clásico de la literatura.

Debo a mis queridos y admirados amigos, Aitana Sánchez-Gijón y Joan Ollé, compañeros y maestros de aventura teatral, sugerencias e ideas que corrigieron muchas imperfecciones de mi texto. ■■

Madrid, junio del 2008